

ACERCA DEL DOLOR Y SUS HERIDAS

“Mi soledad recorre los comunes caminos de la tierra.”

J.L.Borges

1

ALMA IRREDENTA

No te venció noviembre con su nostalgia,
porque ya estabas muerto antes de ahora.

¡Ha tanto tiempo que claudicaste,
que rendiste las armas del esfuerzo!

Recorres las paredes de las cafeterías
con los ciegos ojos de quien no espera nada.

Tuyos fueron el oropel del estío,
las músicas del alba,
los besos mercenarios.
Y hoy miras las paredes de los bares
a falta de mejores perspectivas,
y escondes los ojos en la copa vacía,
y pides otra ronda
con un temblor temprano en tu voz derrotada.

Tus codiciosas manos apenas si sostienen
el acuoso elixir de tu impostura,
ese espejismo dulce que te mantiene erguido
y te cuenta las fábulas en las que crees.

No te venció noviembre con su nostalgia,
ni acaso este invierno escriba tu epitafio.

Puede que sobrevivas al embate del tiempo
-cadáver exquisito de las tabernas-,
que tu ambición mundana engrase tus resortes
y te mantenga indemne aunque no enhiesto,
mas reptarás vencido entre las sombras
de anaqueles vidriados y sucios mostradores
ocultándote del mundo y tu fracaso,
ignorando, ignorante,
que en el lote alevoso de tu pecado
llevabas ya incluida la penitencia.

2

LA INFAMIA COTIDIANA

Desde aquí abajo todo cobra más relevancia:
los besos fugitivos en el temblor primero,
tan torpes y tan dulces en su anhelo salvaje;
el alba sorprendida en el embozo
de las cálidas sábanas;
la luz en la mirada como aurora de estío,
donde volaban pájaros
cada mañana;
tu sonrisa incesante, atrapándome,
deslumbrándome lenta
en su adagio de espejos;
tu testamento oral de amor eterno
que sonaba en mi oído como un arpa afinada
en la Arcadía ilusoria que fue un día el hogar.

¿Dónde truncó la dicha en estupor y hastío?
¿En qué oculta escollera nos naufragó el amor?

Desde aquí abajo todo cobra más relevancia:
la inquina de tu bota con su acerada punta,
tu saliva, cual lluvia, enredada en tus gritos,
y tu odio a la altura de mis ojos hinchados,
arrancándome rosas donde sólo hubo besos,
confundiendo mi alma, que no alcanza ni entiende,
por qué muere la paz en sus comienzos,
por qué el fulgor tan breve en medio de las sombras,
por qué a ras del suelo la muerte lenta,
y las baldosas frías,
y el polvo en los rincones debajo de los muebles,
y el pavor dibujado en los ojos del hijo,
al fondo, tembloroso, cual aterido pájaro.

3

EL DÍA DESPUÉS

Traspasó la noche su frontera de sombras,
culminó su periplo de extenuada luz ciega,
y era el silencio.
Desperté de un mal sueño, de un mar sin orillas,
y tú ya no estabas.
Sólo el silencio dejó su impronta por las paredes,
su pátina de tiempo antiguo que sabe los secretos de la alcoba.

¿Cuándo te fuiste, amor?
¿En qué incierta hora me abandonaste?

En hilos de luz porfía el alba en los cristales,
afilada y ceñida como cilicio sordo que conoce su empresa,
y todo es silencio y oquedad:
manzanas aguardando tu hambre redonda,
la leche en la nevera, rectangular y ajena,
el liviano celaje del agua temprana
–ingrúvida humedad que madruga contigo-...

Para certificar la hora del naufragio,
detengo las saetas mecánicas del tiempo,
sin comprender que, acaso, nunca estuviste
prendida al ritmo oculto de mis horas.

¿Cómo llenar, ahora, de sonidos la casa,
si siempre has sido el centro, cascabel de mis días?

Te fuiste sordamente, amor,
con un rumor de agua que se desliza lenta,
y sólo me has dejado, como legado triste,
este denso silencio que ahora me habita,
pesado como un mármol asaz premonitorio,
tenaz aldaba, ay, de mi conciencia.

4

LA INVASIÓN SILENCIOSA

A María L.

*“Mi corazón espera
también, hacia la luz y hacia la vida,
otro milagro de la primavera”*

A.Machado

Ojalá que pudiera ser alfarero
de tu carne vencida y desahuciada,
devolverte el fulgor,
la primigenia luz de tus caderas,
tornear la apoteosis de tus muslos,
enhiestos otrora
como clásicas columnas de un pasado glorioso.

¡Qué injusta la vida con quien hacía
de la vida estandarte jubiloso!

Te miro a los ojos, amiga vulnerada,
y veo al ruiseñor contrito que te anida,
la mariposa exhausta que aletea
persiguiendo la luz que aún pervive,
esa rosa fulgente que no cesa en su empeño
de atrapar los destellos que le quedan al día.

Por la tronera redonda, sí, de tus pupilas,
me asomo al mudo caos de tu entraña,
y veo gorriones asustados,
y alondras bullidoras
que cantan a la aurora y a la luz del estío.

¡Oh dulce amiga,
poeta del aliento y la esperanza!
¿Qué oculto arquero disparó su dardo?
¿Qué desolado viento te traspasó en las sombras?

Ojalá que pudiera ser alfarero,
poseer el arcano de la ciencia divina,
y en un soplo de vida, en el torno del aire,
moldear tu excelencia,
devolverte al regazo de los días azules
y al milagro del sol que tanto anhelas.

5

EPÍSTOLA DE AMOR A FRANCISCA

“Estos días azules y este sol de la infancia”
A.Machado

Porque el mal nunca dice la última palabra
ganarás la batalla de la aviesa mentira,
ese aluvión de encono y de sarcasmo,
ese torrente amargo de la ira.

Como un turbión de hiedra, apretada y precisa,
te acechará la infamia en cada esquina,
sentirás que has caído en la celada,
en la tela de araña de la inquina.

Días vendrán, siniestros como buitres,
a oscurecer de sombras y malezas
la transparente luz de tu sendero,
la brújula infalible que orienta tus certezas.

Dedos como saetas de incierto, lerdos origen
tratarán de acertar tu firme centro,
desechar el venero que te nutre,
demoler la verdad que llevas dentro.

Te despertará el teléfono en la madrugada,
sólo obtendrás silencio del torpe, burdo acoso,
tal vez un tenue aliento amordazado,
del odio inveterado su perfil alevoso.

Mas tú no desesperes, amor mío:
de tus azules días y de tu sol primero
nadie podrá apagar el magma que lo alienta,
su alma incombustible, su clara luz de estero.

Triunfará la verdad si persistes en tu empeño,
la mies es generosa con quien la tierra labra,
no pierdas nunca el rumbo del faro que te guía,
porque el mal nunca dice la última palabra.

6

BUCLES DE DOLOR

Te escribo estos versos, ay,
para que no los leas,
pues tratan del dolor y sus heridas,
del sol que brilla fuera y no te alcanza,
enredada como estás en la zarza de los días,
en la labor callada de las horas,
transida de una luz que te da fuerzas
como un aire de vida, inasible y rotundo.

Con vocación de notario
doy fe de tus batallas cotidianas,
del armazón de acero que te mantiene enhiesta,
inexpugnable al odio y a las necias razones
de tu enemigo.

En estos días tristes, aciagos como rocas,
te recuerdo quebrada en las noches de insomnio,
tu llanto desnudo, sin metáforas,
derramándose, preciso y húmedo,
en las sombras del alba,
y recuerdo que, sin verlos,
podía ver tus ojos
—que tiene el corazón pupilas
cuando late parejo.

¡Tanto dolor en el recuerdo y tan baldío!

Ahora el círculo se cierra
y vuelven los oscuros pajarracos,
las aves carroñeras
como agujeros negros insaciables,
y ha tornado el llanto a la alcoba tibia,
en un ciclo terrible que no cesa,
y busco el exorcismo del verso salvador,
el poema doliente que acaso purifica
-¡pueril terapia!- a quien lo escribe.

Ha regresado el llanto,
silente ahora, mas tenaz y afilado,
y fluyendo hacia dentro –como más daño hace-
y me asusta hasta el pavor su discurrir callado,
su venero escondido,
su alevosa sordina de cristales de sombra
que te horada en silencio con nocturna insistencia,
y te socava lenta, inexorablemente,
como una larva hambrienta, como un cáncer de lágrimas.

Lema: “Pléyades”